

## PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, 4 rs. al mes.  
Provincias, 20 trimestre.  
Extranjero, 40 " "  
Ultramar, 60 " "

Comunicados y anuncios á  
precios convencionales.

NÚMERO SUELTO, 5 CENTS

## EL ECO DE MADRID.

DIARIO POLÍTICO DE LA TARDE.

## PUNTOS DE SUSCRICION

Madrid: Administracion,  
Barco, 28, segundo. —Pro-  
vincias, en las principales  
librerías, ó directamente  
desde cualquier punto, por  
medio de carta al Admini-  
strador.

NÚMERO SUELTO, 5 CENTS

## ECOS DE MADRID.

Y sigue el estribillo de marras, que dice:

*Habló el general, y no cayó el Ministerio.*

Desde que la sapientísima *Epoca* nos hizo sabedores de que ni con votaciones ni con discursos era posible votar á don Antonio del poder, nosotros sabíamos que los discursos del general le entrarían por un oído y le saldrían por el otro á su excelencia, sin producirle ningún efecto.

Pero aunque la desinteresada *Epoca* no hubiese despegado sus labios, como quiera que vemos más allá de la punta de nuestras narices, y por lo tanto conocemos á los cojos en el modo de andar, estábamos persuadidos de que por ahora toda crisis total es imposible.

¿Quién es el guapo que se encarga del Gobierno en 12 de Marzo, cuando en esta época no están discutidos y aprobados los presupuestos?

Hace dos años, en una sesión se aprobaron los que al año siguiente, que es en el que vivimos, siguieron rigiendo por autorización: esto sentado, claro está que este año hay que discutir los presupuestos.

¿Podrá, ni querrá nadie aceptar los trabajos debidos á los talentos del Sr. Orovio?

No.  
Hay tiempo material para hacer unos nuevos presupuestos, discutirlos y votarlos en lo que resta hasta fin del año económico?

No.  
Pues entonces los actuales gobernantes tienen que seguir en sus puestos, cuando ménos, hasta que votados los ingresos y los gastos, puedan, quienes entren á sustituirlos, cobrar y pagar con arreglo á una ley, que por más que sea mala, al fin y al cabo siempre será una ley.

Esta es en nuestro concepto la madre del cordero; pues pensar que el país, desde lo más alto hasta lo más bajo, oye como quien oye llover cuanto ha dicho el general, es pensar en que puede salir el sol á las doce de la noche, ó en que Orovio es hacendista.

El Gobierno, pues, se sostiene y se sustentará por las fuerzas de las circunstancias; no porque tenga arraigo en el país, ni las simpatías de... ¡qué simpatías ni qué niño muerto!

Pero se nos dirá que el Gobierno—si esto es Gobierno,—dispone de los votos de más de la mitad de los diputados.

Verdad: (buen corte para *El Tiempo*), pero esos votos apoyarán al Gobierno, interin no lo vean de capa caída y en actitud de echar á correr como la estatua de Calderón.

Llegado ese día, al sonar esa hora, ¡qué horrible soledad! todos abandonarán al Sr. Cánovas, no porque dejen de ser sus amigos, sino porque él habrá dejado el poder.

¿Está lejos ese día, esa hora?

No: los acontecimientos, cual péndola de reloj, siguen impasibles *ni tic tac* sin tener en cuenta las dichas ni los dolores, y por lo tanto, cada minuto que pasa, cada segundo que corre, precipita la ocasión en que roto el cabello que sostiene la espada de Damocles, caiga, y acabe con la conciliación, como el ángel exterminador acabó con... por supuesto, y en puridad sea narrado, aquí no hace falta espada ni ángel, basta con un barrendero y con una escoba.

Hemos dicho.

## FISONOMÍA DE LAS CÁMARAS.

Algunas preguntas de los Sres. Vivar y Torres, sobre la debatida cuestión de si rige ó no la Constitución de 1876 en la isla de Cuba, y que fueron contestadas en sentido negativo por el Sr. Romero Robledo, ocuparon la primera parte de la sesión del Congreso.

Continuando la interpeleación del señor Retortillo, usó de la palabra para alusiones el Sr. Romero Ortiz.

En un discurso elocuente y enérgico, tras del cual aparecía la personalidad venerable, íntegra y sin tacha de nuestro distinguido correligionario, defendía á la comisión de diputados y senadores de los ataques que le han sido dirigidos en el curso del debate.

Después que los Sres. Martínez (D. Cándido), Neira y Estevez hicieron iguales manifestaciones, rectificó el Sr. Retortillo.

El Sr. Bosch, que consumió el segundo turno, quedó en el uso de la palabra para la sesión de hoy.

En el Senado, y antes de que el general Martínez Campos empezara á rectificar, el Sr. Rivera puso de manifiesto, después que se hubo leído el art. 17 de la Constitución, la infracción cometida por el Gobierno no habiendo dado cuenta á las Cortes, como en este artículo se dispone, de la suspensión de garantías en algunas provincias de la isla de Cuba. El Sr. El duayen, que intentó hacer responsable de esta falta al Gobierno anterior, no tuvo defensa; cuando al rectificar el Sr. Rivera hizo presente que el Gobierno actual, que sostiene contra la opinión del presidido por el general Martínez Campos, que la Constitución rige en Cuba, es el único responsable de esta infracción.

El general Martínez Campos hizo una rectificación tan importante y de tan acentuada oposición como su discurso. Por estas razones la publicamos íntegra á continuación:

El Sr. MARTÍNEZ CAMPOS: El señor ministro de Ultramar se ocupó ayer de cargos que yo no le había hecho, dejando otros que le había dirigido en realidad.

Empezó su señoría diciéndome que no había cometido falta de cortesía no contestando en el momento á mi interpeleación. Yo no le acusé de falta de cortesía; yo he dicho, por el contrario, que había gran cortesía en que el Gobierno se apresurase en contestarme, sintiendo no se hubiera tratado de la interpeleación en el mismo día, pues yo no deseaba dar á este debate las proporciones que ha tomado. Pero mis relaciones con el señor presidente del Consejo no me permitían tener con él la atención de anunciarle por carta la interpeleación.

El señor ministro de Ultramar hizo un párrafo largo para deshacer lo que decía su señoría que yo le había atribuido, de no defenderme en mi ausencia. No me ha ocurrido tal cosa, pues su señoría hizo de mí una defensa, no solo brillante, sino exageradísima; pero dije que sentía que me hubiese defendido un día dado en el Congreso estando yo allí, y expliqué la razón. Su señoría tiene infinidad de cartas mías en que le daba las gracias por el favor exagerado que me hacía.

Insistía su señoría en que yo no había venido por las cuestiones de Cuba, acudiendo al *Diario de Sesiones* del 18 de Junio, como el señor presidente del Consejo había acudido á un telegrama que explicó á su modo. En efecto, constan en el *Diario de Sesiones* las frases á que se refería su señoría. Se trataba de la discusión del Mensaje, y como se hubiera inculcado al señor Cánovas porque me había traído á España, queriendo yo atenuar esa oposición, creí que la mejor defensa era pronunciar aquellas palabras; pero á los pocos días, el Sr. Cánovas, en su contestación al Sr. Navarro y Rodrigo en la sesión del día 2 de Julio, las contradijo. Es decir, que un acto de generosidad viene á servir de cargo contra mí: recibo la lección y me servirá de regla. (Risas.)

Pero como se ha hablado de las causas de mi venida desde Cuba, debo leer algunos documentos; antes diré que siempre he procedido con mesura en mis discursos, sin presentar documentos. Ayer me invitaba el señor ministro de Ultramar á que leyese sus cartas, y agradeciendo su oferta, le diré que puede hacer lo mismo con las mías, y solamente le ruego que como esas cartas, que aunque particulares pueden considerarse casi como de oficio, en que los capitanes generales dan cuenta de los asuntos para que así puedan comprenderse mejor los pensamientos del Gobierno y del gobernador general, hablan á veces de personas, que suprima los nombres, y todo lo demás lo puede leer, y aun imprimirlo, aunque en este caso me dolería que las fuesen á juzgar como obra literaria. (Risas.)

Conste que lo que voy á leer lo hago por el ataque que ha venido por parte del Gobierno leyendo documentos con tal desgracia, que el que leyó el otro día el señor presidente del Consejo de ministros dice lo contrario de lo que dijo su señoría; y no quiero hablar del otro leído en la Cámara de señores diputados, aunque debo hacer la justicia al señor presidente del Consejo de que no sabía lo que contenía.

Se fundaba mi venida en la comunicación mia del 5 de Enero, que se conoce en extracto, y que, abusando de la benevolencia del Senado, voy á leer, rogando no se atienda á su redacción, sino á las ideas, pues yo la redacté y escribí por mí.

Dice así:

«Excmo. Sr.: Por separado y con escritos, por el ramo de Hacienda, tengo el honor, por el correo de hoy, de dar cuenta á V. E. de la situación en que se encuentra la propiedad rural de esta isla y de los únicos medios que después de oídas muchas personas competentes y al director de Hacienda, he creído deber proponer á V. E. para remediar estos males.

«Aunque particularmente» (fijese el Senado en este párrafo) «he dado conocimiento á V. E. de estos asuntos» (es decir, que hablé de estos asuntos antes de ahora), creo que hoy debo hacerlo de oficio, siquiera sea brevemente.

«Al terminarse la guerra, el país todo, con la exagerada imaginación propia de nuestro carácter, acogió con inmenso júbilo aquel acontecimiento, no tanto por lo que en sí significaba, cuanto porque creyó que con aquel sólo hecho estaban resueltas todas las dificultades, y se entraba en tiempos prósperos. Desde el principio se acentuó la pretensión de rebajas de contribuciones, y yo tuve el honor de proponer á V. E. la reducción de la contribución directa al 22 1/2 por 100, prefiriendo colocarme delante de la opinión para poderla contener: luego V. E. se opuso á autorizarme esta medida, y yo, poco entendido en la materia para sostener mi parecer, busqué otro rumbo para callar la opinión que ya era más manifiesta, y subía hasta á mí, y me decidí á proponer el descuento que V. E. aceptó» (el descuento es de Julio, y por lo tanto, lo primero que hice fué proponer la rebaja de las contribuciones y el Senado recordará que se ha dicho que nada de estas cosas había propuesto hasta 5 de Enero); y que colocándome en un terreno personal firme, me permitía esperar hasta el estudio de los presupuestos. Yo no hubiese querido formarlos tan pronto, al ménos el del año 79 al 80, porque, en verdad, no es posible calcular las rebajas ó aumentos que había la posibilidad ó la necesidad de hacer para aquella época; pero deseando sólo satisfacer al propósito de V. E. de fijar el presupuesto de Guerra en 25 millones, y queriendo además no poner obstáculo alguno, lo formulé.

«Es conveniente que haga una ligera indicación; no he reducido el presupuesto á 25 millones en el capítulo de Guerra, porque desartando de él los artículos de Guardia civil y orden público, que deben pasar á Gobernación, los tres batallones ya suprimidos, la transformación de brigadas de acémilas, la reducción sucesiva de las clases de reemplazo, el presupuesto de la Guerra, propiamente dicho, no excederá de 21 millones en lo que corresponde á los ejercicios presentes. Pasará de esta cifra, porque en el licenciamiento de Agosto gasté bastante más que lo que V. E. me envió del anticipo del empréstito, y en el que estoy verificando, y que no hago ya más que á medias, no dando más que la mitad de lo que corresponde al soldado, que es, 190 duros próximamente por plaza, serán cerca de cuatro millones. Como V. E. comprenderá, esta cantidad son atrasos de años anteriores, y yo no contaba con ella. Dejando á un lado esta conveniente aclaración, y siguiendo el asunto principal, debo confesar que no me dejó satisfecho el presupuesto» (no es que lo censurara, es que no me satisfacía) «y comprendí que no había de gustar; quise, sin embargo, que antes de aprobarlo el Gobierno lo conociese el país, para

que de las oposiciones que se hicieran se viniese en conocimiento de lo que en definitiva conviniera hacer, porque, lo confieso, comprimida como ha estado aquí la opinión, no siempre han sido exactos los cálculos, y la especialidad de este modo de ser, requiere para su estudio su manifestación; tenía una disculpa para su publicación, y era, que de momento no tenía presupuesto alguno á qué atenerme.

«Debo confesar que aunque yo esperaba disgustos, no creía que fuesen tan notables como el que se produjo, que me hizo volver de la visita que estaba girando, y reunir varias personas notables para oír las observaciones, peticiones ó indicaciones que me hiciesen, y elevarlo á V. E., procurando convencerles en aquello que tuviese razón; V. E. ha leído la reclamación de la junta de hacendados, el acta de la reunión y omite consideraciones. Pareció que se calmaba la excitación; pero yo comprendí que sólo era por el pronto, y que cuando llegase la hora del pago volvería á producirse con mayor fuerza; esto ha sucedido, y con tanta más razón, cuanto que los bajos precios del azúcar parece que vienen á proporcionar una complicación más á las muchas que sobaban. Han pretendido hablarme comisiones, han deseado que hubiese una nueva reunión á mi vuelta de mi visita á Cuba; pero yo la he esquivado, porque no puedo acceder á sus deseos; pretenden la anulación del derecho de exportación, que asciende á más de ocho millones; y como yo no puedo apoyar esta pretensión, he creído improcedente el verlos oficialmente.

«Pero es necesario hacer algo, no porque lo pidan, sino porque con los bajos precios del azúcar, después de la escasa y poco valiosa cosecha del año pasado, la propiedad, si no se la descarga camina á la ruina, y ahí está Puerto-Rico, que con la mitad ó más de población y con terreno fértil y sin haber sufrido una guerra, hoy no puede pagar cuatro millones; por el camino que vamos, Cuba antes de tres años se hallará en caso análogo: debo al Gobierno, á S. M. y á mi patria la verdad de lo que creo, sin fijarme en lo que tiene de triste y de rudo.

«Aunque profano á estas materias, he pensado sobre el remedio, he procurado estudiar el problema, y visto que no había (al ménos para mí) sino tres caminos: primero, rebaja de los presupuestos; como el estado del país no es muy tranquilo, pues aparte del poco tiempo transcurrido desde Julio, hay el malestar de las cargas públicas, la cuestión social, la miseria, en dos departamentos, las pocas y malas cosechas de la Vuelta de Abajo (que tiene casi almacenado el tabaco de dos años), los manejos de algunos emigrados, y el auxilio, aunque no grande, que encuentran en el extranjero, y sobre todo, el temor y alarma de las clases conservadoras, que casi puede asegurarse que aquí, como en todas partes, con su miedo exagerado atraen el peligro, no me decidí á cargar con la responsabilidad de disminuir el ejército» (el Gobierno es el que tiene que cargar con esas responsabilidades, como he cargado yo cuando he sido Gobierno) «y no creo patriótico el aumentar las dificultades de la Metrópoli con el envío de más oficiales. No pudiendo disminuir mucho este capital, siendo ya lo más reducidos posibles los otros, no había más remedio que atacar el de la deuda, y mucho más contando con la reducción ó transformación de lo que se presupuestó para el colonial, en este punto y algunos otros creemos el director de Hacienda y yo que está la posibilidad de las rebajas, y por lo tanto, de hacer la reducción al 10 de la contribución territorial rústica.

«Segundo: aumento en alguna otra contribución, no se me ocurre ninguno, más que artículos de lujo, y sobre dar productos pocos, me expongo á concluir de arruinar el comercio, que con las cantidades que le debe el Estado por servicios, mas lo que le adeudan los cuerpos, está en su mayoría en quiebra.» (Unos veintitantos millones de pesos se les deben.)

«Tercero: facilitar mercados á los azúcares y demás productos. Por los datos que tenemos resulta que de los 66 millones de productos van 56 á los Estados Unidos: esta nación, por represalia, nos impuso derechos excesivos, y trata en la actualidad de subirlos, con lo cual se cierra aquel mercado á la isla de Cuba; para conseguir que los bajasen, sería necesario que á nuestra vez rebajáramos los de importación, y esta medida, que tal vez después de mucho estudio llegué á proponer un día» (de modo que aquí se ve mi idea y el temor de acometerla, porque necesitaba estudiarla, lo confieso), «no la considero hoy posible; vendría á disminuir las rentas de aduanas de momento, y producirnos más perturbaciones. Sólo queda para salvar la situación, en mi concepto, que se abran los puertos de España á Cuba, que se reduzcan casi á cabotaje las



relaciones entre la madre patria y su provincia ultramarina.

«Preciso es decirlo: los habitantes de esta provincia quieren ser provincia, no estampo aquí sus quejas, que hoy pronuncian en voz baja, y que tal vez digan demasiado alto mañana, porque no debo de ser eco de ellas, y sobre todo, porque no pueden ocultarse a la alta penetración de S. M. y de su Gobierno. Es necesario a toda costa que España sea el mercado de Cuba, y que el azúcar, el tabaco y el café que se consuma en ella no vaya de Francia, Virginia y el Brasil. Atrévase parecerán a V. E. estas proposiciones, pero las creo necesarias; y como por desgracia el aura popular (que no he buscado) ha echado sobre mis hombros una gran responsabilidad, me veo en el triste deber de insistir en ellas y rogar al Gobierno de S. M. que se digna aprobar las propuestas a que me he referido al principio de este escrito. Si S. M. no lo estimase conveniente, ruego a V. E. eleve a los pies del trono mis respetuosos deseos de ser relevado de este puesto, para el que no tengo condiciones y entones menos que ahora. Pero como no deseo poner dificultades al Gobierno y hacerle cargar con la responsabilidad de alejarme de América, toda vez que equivocadamente se dice por la generalidad que yo presto aquí servicios... (Se me obliga a ser inmodesto.)»

«Hay un tercer camino, si no son aceptados por S. M. los dos que he tenido el honor de proponer, y es, que yo quede de capitán general de este distrito, y V. E. como ministro de Ultramar y en comisión, con facultades amplias y extraordinarias, venga interinamente a desempeñar el cargo de gobernador general. No estoy, por punto general, conforme con la división de mando en América; pero como en bien de mi país estoy pronto a sacrificar todo género de personalidad, ofrezco a V. E. para aquel caso, no solo mi cooperación, sino mi obediencia. No crea V. E. que es esto cansancio o impotencia lo que me aconseja proponer al Gobierno esta tercera solución; es la seguridad de que el país ganaría mucho con la venida de V. E., porque a su alta ilustración y entendimiento se agregaría el conocimiento de cerca de esta Antilla, y entonces de seguro, o se modificarían algunas de sus ideas, o por el contrario, afianzándose más en las que tiene, llevaría tal vez la convicción del acierto a mi ánimo. Dios, etc.»

Acompañaba a ese escrito una carta confidencial que también voy a leer; y el Senado comprenderá que podrá estar equivocado en cuanto a las cuestiones de Cuba, pero tengo en ellas una convicción profunda.

Leeré algunos párrafos de esa carta:

«Yo no quiero ser un obstáculo para la resolución que ustedes adopten; yo deseo dejar este puesto, para el que soy poco apto, pues si alguna duda me cupiese, está la atenta, pero expresiva carta de Vd. de 7 de Diciembre, sin embargo, mi propósito es, y ha sido, no abandonar mientras en él pueda prestar algún servicio, y no se me separe: más ahora considero que si Vds. no aceptan mis propuestas, no hay solución para mí, y que se me podría exigir responsabilidad en el día de mañana, y que lo único que hace aceptable desaparece, mi prestigio se desvanecer, y entonces puedo sustituirme cualquiera.»

«Para no hacer a Vds. la cuestión cerrada, propongo de buena fe la venida de Vd. como gobernador general interino con amplias facultades; esta, en mi concepto, es el único modo de resolver todas las cuestiones. Venga Vd. a ser el primero, vea Vd. las cuestiones por sí; tal vez Vd. desembarace la broza que las cubre, y desentrañe Vd. todos los asuntos.»

«No propongo que venga Vd. de comisario regio, porque aquí el cargo de gobernador general debe estar, sobre todo; pero si Vd. cree que es preferible que venga Vd. como ministro y comisario, quedándose el gobernador a las órdenes de Vd., no me opongo; mi personalidad no es nada ante el ser o no ser de España la isla de Cuba; y explicaré estas palabras.»

«Si la producción, atacada ya por las graves cargas que sobre ella pesan; disminuida por la escasez de brazos esclavos que pronto desaparecerán; con una gran deuda por las pérdidas y gastos que lo ha ocasionado la guerra; con una competencia tan grande; amenazada de muerte por el proyecto de los Estados Unidos de subir las tarifas, no es inmediatamente socorrida, no se le abre un nuevo mercado; vendrá la ruina, y entonces, ¿para qué sirve a España? ¿Y cuál no será nuestra responsabilidad por abandonarla, no porque ella se separe, sino porque nosotros no hayamos sabido sostenerla en el estado de prosperidad y la hayamos arruinado por nuestras medidas económicas? No tengo ingresos en el Tesoro y voy a empezar las ejecuciones.»

«Hay momentos de gran desaliento para mí, porque la resolución de las cuestiones tan múltiples y tan grandes que aquí se presentan, corresponde, no sólo a la especulación, sino a la práctica, y yo no poseo ni la una ni la otra. Creo ver, pero dudo; he aquí la razón por qué deseo venga Vd.; porque si a veces me digo, estos son los males y estos los remedios, por las cartas de Vd. deduzco que pensamos de distinto modo. Ya en mis anteriores, al tocar la cuestión de relaciones económicas entre España y Cuba, he emitido mi opinión, y aunque con temor de errar, me sostengo en ella. ¿Qué ventajas tiene España con imponer gravámenes a los frutos de aquí? Los números, con su inflexible lógica, nos demuestran que, ninguna para el Erario, de 360.000 bocoyes importados en 1864, a 33.000 en el año pasado; esto es, un décimo;

y como los derechos no son diez veces mayores hoy que entonces, vea usted la baja del Erario. ¿Qué razones hay para que una provincia, una parte del todo, tenga una restricción, un gravamen como este? Todas las potencias que tienen provincias ultramarinas, les conceden protección, y nosotros no hacemos más que poner trabas a las Antillas; y si fuera porque España produjera azúcar, café y tabaco para su consumo, pase; pero que estos artículos vayan de otros países, porque entre los tributos que aquí sufre y los recargos que ahí se le imponen, no puede circular dentro de la patria, absurdo, absurdo y absurdo!»

«Venir en tiempo de guerra, como se ha hecho en España, a recargar los frutos de las Antillas! ¿Y durante qué guerra? Una que tenía por lema de su bandera *¡leña y machete!* ¿No es una vergüenza que el mercado exclusivo de nuestro azúcar sea los Estados Unidos? Si estos la consumiesen, estaría bien; pero no es así: la refinan y venden en Europa. Los Estados Unidos exportan más azúcar refinado que la que va de Cuba. ¿Qué hemos conseguido con esta política? Que la vida de relación, la vida material de Cuba depende de la vecina república. A ella se acerca Cuba por instinto, por ideas y por necesidad. ¿No es tiempo de ver más allá de hoy?»

«¿Y qué gana España con este procedimiento? Lo que sucedió al dueño de la gallina de los huevos de oro. Este es el momento histórico (si ya no es tarde) de unir la Metrópoli con la que fué su colonia por lazos de intereses mutuos. Cuba y Puerto-Rico pueden todavía ser españolas; si no, en breve serán Norteamericanas, o lo que es peor, africanas. La herencia de Colon la hemos perdido casi en su totalidad; no hemos sabido constituir nacionalidades serias en las colonias ya perdidas. ¿Nos queda que sufrir la afrenta de que Cuba sea africana y que la tengamos que dejar, no por la fuerza ni por la ingratitud de sus hijos, sino por el abandono y torpeza nuestra?»

«Si ustedes así lo quieren; si ustedes se atreven a correr estos riesgos, yo no lo puedo; insistiré, pues, en la reducción de los derechos de importación hoy a la tercera parte, y la anulación en un corto plazo, y repito a usted necesito contestación por telégrafo.»

«Disminución de la contribución rústica al 10 por 100. Tan necesario como lo anterior, a no ser que usted prefiera tocar a los derechos de exportación; y como en 13 de Febrero se ha de empezar a cobrar, necesito la contestación por telégrafo.»

«Ya ve el Senado si mis opiniones eran fijas y si el Gobierno las conocía. ¿Para qué, pues, se me llama? ¿Para darme una borla de doctor en administración? ¿Qué entendía yo de los presupuestos de la Península? Si sabían ya mis convicciones en las cuestiones de la hacienda de Cuba, ¿para qué me han venido ayudando? No lo hubieran hecho, y entonces hubiera visto yo con quién contaba. Mis ideas eran conocidas, pero yo no conocía las de los señores que me han ayudado, los cuales las han modificado, pero yo no, y no quiero que venga sobre mí el cargo de inconsecuencia.»

El señor presidente del Consejo leyó un telegrama mio desistiendo de mi venida y aplazando la solución, porque yo ya entreveía eslogos en Cuba, y deseaba quedarme en Cuba para cargar con la responsabilidad de las disposiciones que se adoptasen por el Gobierno, que es lo que he estado haciendo constantemente, y aquí está el acta de la sesión celebrada con la junta de hacendados, comerciantes y personas notables de la Habana, que entregué a los señores taquígrafos para que la inserten en el *Diario*. Si las medidas del Gobierno causaban disgusto en Cuba, yo me las atribuía y elogiaba al Gobierno porque yo era poca cosa y el Gobierno significaba la unión de Cuba.

Respecto a si se pensaba llamarme antes, tengo aquí dos telegramas de 14 y 18 de Enero contestando a dos cartas de 18 y 28 de Diciembre.

El primero dice: «Recibida su carta; grave aún aquí la situación, es incompleto todos los trabajos de reconstrucción y reorganización, creo necesario seguir algún tiempo más.»

Y el 18 de Enero decía:

«Recibida su carta 28; conste que no me he comprometido a estar aquí ni un día; lo que he querido decir en alguna carta es que calculaba que con un año de mando podría, si las circunstancias me ayudaban, dejar esto en vías de arreglo y terminar el compromiso moral conmigo mismo. Sólo (aquí ponía la condicional que no leo) aceptaría Guerra.»

Es decir que se me ofrecía la cartera de Guerra en cartas de 18 y 28 de Diciembre.

«Puede hacer más un gobernador general en su destino, en el que se cree de público que está en una jaula de oro? ¿He podido resistirme más a venir?»

El Sr. Cánovas, en el telegrama que leyó el otro día, pero muy de prisa, decía: «El Gobierno cree conocer el estado de Cuba, y lo que considera urgentísimo es que se haga usted bien cargo 5-268 de la 1867.»

A este telegrama di una contestación que se guardó muy bien el señor presidente del Consejo de ministros de leer.

Decía así:

«Aunque equivocada cifra telegrama V. E., pues me dice *declinación* de la 1867, supongo será 1067 y saldré 5. Si urge, adelantaré salida correo.»

No tiene la culpa de esta equivocación el Gobierno.

«¿Qué creía yo que urgía? ¿Estudiar los presupuestos de España u otra cosa? Ved si he dicho la verdad el otro día, al asegurar que yo creía venir para otra cosa. De modo que pagaría yo 25.000 duros del pasaje, cuando siempre he viajado, aun siendo general en jefe, con un sólo billete.»

«Pero ¿quise o no el presupuesto, continuaba el telegrama, es necesario rebajar contribución al 10; puede hacersé para este semestre como medida interina.»

Tengo que agradecer al señor ministro de Ultramar que me atiende, pues cuando estaba en el muelle de la Habana para embarcarme, llegó el telegrama acordando la reducción de la contribución a un 12 ó 14 por 100.

Y sigue el telegrama:

«Medida interina y anunciar estudio modificación arancelaria, únicos medios de una interinidad posible: no oculto a V. E. que el 25 no se paga.»

Fijese el Senado en que si podía estar yo equivocado, se lo decía al Gobierno.

«No oculto a V. E. que el 25 no se paga» (y lo ha confirmado el señor ministro de Ultramar ayer.)

«Es medida tal vez de salvación: los más exigentes contra las contribuciones son los peninsulares.»

Por consiguiente, no serán los que quieran ayudar a los insurrectos en esas ideas.

Signan varios telegramas de rectificación, y resulta que esas cifras son del presupuesto de la Península, pero tres días después, cuando yo había dicho en Cuba que me iba, me dice el señor presidente del Consejo de ministros: «He dado cuenta al rey de su telegrama de 29, y me manda decirle que basta con que salga correo del 5 sin falta.»

Yo, señores, había llevado mi familia, y pensaba que hubiese salido de allí el día 5 de Enero, porque mi mujer estaba enferma; pero en vista del alboroto que se movió en la Habana cuando anuncié mi venida, tuve que dejar allí a mi familia, de la cual había estado separado durante siete u ocho años de campaña. ¿Cree el señor ministro de Ultramar que había yo de hacer eso para comprender las cuestiones de Hacienda de la Península, a la que no me había dedicado? Entonces hice lo que no podía hacer, que fué prohibir que se pusieran telegramas a España pidiendo que no viniese; pero dando importancia a mi venida, se llegó a flotar un vapor para Cayo-Hueso, y desde allí pusieron telegramas. Entonces se lo avisé al señor presidente del Consejo, diciéndole que una vez anunciada mi salida de la Habana, no podía retroceder.

Me parece que habré llevado la convicción al ánimo del Gobierno de que yo no había venido por la cuestión de Cuba principalmente. Claro es que había de tratar de las cuestiones de Cuba, aunque hubiese regresado por concluir el tiempo o por haber sido relevado. ¿Qué más puede hacer un capitán general de ejército?

Respecto a haber negado al señor ministro de Ultramar conocimiento práctico de lo que pasaba en Cuba, decía su señoría ayer, que, en tal caso, sería preciso que los ministros de Ultramar estuviesen continuamente haciendo viajes a Cuba y Filipinas. No pido tanto, por más que sería conveniente para evitar lo que ahora sucede, que por las exigencias de la política se va al ministerio de Ultramar sin un conocimiento exacto de las necesidades de aquellos países. Yo no digo que no sea Filipinas mucho más importante que Cuba; conozco bastante la geografía para saber toda la importancia que tiene; pero allí se sigue una marcha ordenada, tal vez buena o tal vez mala, porque el apresurar mucho las reformas puede traer inconvenientes en las colonias, y mucho más tratándose de aquella, que se halla tan lejos y donde es tan corta la población española. Pero hoy, cuando se está tratando de la cuestión de reformas y transformaciones en Cuba, ¿no convendría que el señor ministro de Ultramar hubiera ido allí dos o tres meses, y hubiera visto y apreciado por sí la situación de la Isla? De esa manera, pudiera muy bien suceder que su señoría siguiera, aun después de su viaje, con las mismas convicciones que hoy tiene; pero aun cuando su señoría tenga mucho talento, sabría algo más con relación a aquellas cuestiones.

Lo que tiene es que al lado de ese talento de su señoría, que yo le reconozco, va unida otra cualidad que lo oscurece algún tanto, y es la de que su señoría no quiere oír. (Rumores.)

Se me ha hecho también un cargo diciendo que en 5 de Enero fué la primera vez que se hablaba de esto. Pues bien; vea el Senado lo que en 3 de Noviembre anterior le decía al señor ministro de Ultramar: «Si Vds. ni aún contestarme quieren (y cuando yo en 3 de Noviembre digo que no me quieren contestar, claro es que por lo menos era a fines de Agosto cuando yo había pedido contestación; y digo por lo menos, porque creo, que en realidad la falta de contestación databa de Junio) sobre la rebaja gradual de aranceles para España de los frutos de aquí, ¿qué razón hay para que a Cuba se le imponga la obligación de admitir los de Puerto-Rico, que son de la misma clase? Y aquí entra en otras consideraciones. Ya ha visto el Senado que en 3 de Noviembre me quejo de que ni aún contestarme quieren. Yo sabía que disgustaba al Gobierno y que no eran iguales las opiniones del señor ministro de Ultramar y las mías; pero no me quería poner enfrente de su señoría; quería tener toda la mansedumbre posible. Para

demostrarlo tengo aquí una carta en que contesto a catorce cargos que me hacía el señor ministro de Ultramar sobre puntos de administración; y por cierto que en algunos de ellos se mezclaba hasta en cuestiones militares. Esto lo sufría yo con resignación.

Seguía su señoría su discurso y continuó leyendo el que yo pronuncié aquí. Leyó un párrafo en que yo decía: «El Sr. Cánovas del Castillo, entonces presidente del Consejo, tuvo conmigo varias conferencias y estuvimos acordes en todo.»

De estas palabras «acordes en todo» dedujo su señoría que habíamos estado «acordes, hasta en las cuestiones de Cuba. Yo no me ocupé de ellas más que incidentalmente con el presidente del Consejo. El acuerdo era en las cuestiones de la Península; en si yo había o no de entrar a formar ministerio con él, etc., porque éstas fueron conversaciones particulares que pasaron entre nosotros, aun cuando casi tengo ya derecho a referirlas, puesto que el Sr. Elduayen refería ayer una que también es particular. Por cierto que al principio dije ayer que no me había dicho su señoría lo que manifestaba, y debo rectificar. Me he acordado y efectivamente lo dijo su señoría, pero yo creía que era completamente una broma. Es verdad que su señoría sostuvo luego, en el poco rato que estuvimos hablando, su opinión respecto a las cuestiones de Cuba. Pero ¿cómo había yo de creerme capaz de sustituir a su señoría, cuando en son de alabanza suya y mía dijo: «En cuestiones de Hacienda yo soy el Martínez Campos de la guerra» (Risas). Si he citado estas palabras de su señoría, es porque como su señoría dijo ayer otras, a mí no me duelen prendas. (El señor ministro de Ultramar: Lo he dicho, y creo que es un honor.) He dicho que lo dijo su señoría en alabanza suya y mía.

En efecto, se me ofreció el ministerio de Ultramar por el Sr. Cánovas del Castillo. A consecuencia de haber yo leído en la prensa la noticia de que yo entraría en el ministerio de la Guerra, y que había exigido que entraran tales o cuales amigos, me fui a ver al Sr. Cánovas y le dije: «He leído esto en un periódico; le advierto a usted que yo seré ministro de la Guerra con usted, pero yo solo, que no quiero que venga ningún amigo mío, pues cuando yo me entrego, me entrego todo, y deseo que continúe el Sr. Elduayen en el ministerio de Ultramar, porque aunque haya diferencia entre nosotros en las cuestiones de Cuba, no tengo más empeño que el de que se resuelvan después de bien estudiadas, y si estoy equivocado, el ser vencido me importa poco. Lo único que si le digo a usted, es que cuando lleguen a tratarse las cuestiones de Cuba en el Senado, aun cuando me sienten en el banco azul, yo votaré, acerca de ellas como crea conveniente.»

¿Seguiría yo firme en mis ideas? Yo anunciaba lo que podía hacer, como lo he anunciado siempre; y si luego circunstancias mayores no me lo han impedido, siempre lo he cumplido. En efecto, se me quería honrar con el cargo de ministro de Ultramar; pero añadía después: «¿Cómo he de entrar yo en el departamento de Ultramar cuando se van a hacer empréstitos, si yo no entiendo de esto?» (Risas.)

Dijo luego su señoría que yo le había dirigido el cargo de que no estaba conforme con él en las cuestiones de Cuba. Yo no le he hecho este cargo, ni he tenido nunca intención de hacerlo. En esas cuestiones ha estado su señoría muy atento conmigo. Me envió en proyecto la ley municipal, la de diputaciones provinciales y la electoral, por si yo tenía que reformar algo en ellas. Reformé algunos artículos, y declaro que no lo hice en sentido liberal, sino en sentido restrictivo, porque tenía miedo de que si en los primeros momentos se aplicaba la ley en sentido muy liberal, pudiera traer dificultades; pero hoy, al ver cómo se han verificado las elecciones, cómo se ha marchado en el orden administrativo y como funcionan las diputaciones y ayuntamientos, si me pusiera a estudiar aquellos proyectos, tal vez los aceptaría como su señoría los envió. Su señoría y el Gobierno aceptaron mis indicaciones, por más que no estuviera bien que un militar interviniera en cuestiones de esa naturaleza. Yo todavía no era gobernador general de la isla; quien ocupaba ese alto puesto era el Sr. Jovellar, y estábamos de acuerdo en que él se había de venir a la península y yo quedarme allí; pero en todas las cuestiones políticas de la isla hemos estado del todo conformes, y aun creo que en la cuestión social.

Y ahora que hablo de esta cuestión, voy a desvanecer un cargo que se me ha dirigido, y es, que siendo senador y habiendo sido presidente del Consejo de ministros y presentado el proyecto de ley de abolición de la esclavitud, no he venido a votarlo. El proyecto de abolición era parte de un todo, y en este estaban incluidas las reformas. Yo había contraído el compromiso con los diputados de Cuba residentes en Madrid, de que presentaría a la vez en el Congreso todas las cuestiones de Cuba: la de capataje, la de tributación y la social; y que cuando llegara el momento de la discusión, habría cuando menos dos de esas reformas en el Congreso, para que después que se discutiera una se tratara de la otra. El proyecto de ahora no es el mismo que yo presenté. Se vino al actual proyecto por una transacción dentro del mismo partido conservador liberal, no con otro partido; y al ver que yo transigía, muchos que estaban cerca de mí empezaron a manifestar cierta desviación, y tenían razón para hacerlo. Esa transacción se hizo porque surgió una célebre desavenencia entre los Sres. Romero Robledo y



Cánovas, siendo de este el Sr. Elduayen; y como es público y saben sus señorías, que los dos son vehementes y se dejan llevar un poco de irritabilidad, se decían en los pasillos del Congreso algunas cosas algo fuertes, siendo yo el que hacía el papel de mediador. ¡Yo, señorías, que no he querido nunca dividir al partido liberal-conservador ni a ningún otro!

Estaba en transacción el proyecto. El que yo hubiera transigido en la primera parte, cuando los demás no lo habían hecho en la segunda, ¿qué obligaba a aceptar aquella transacción primera que hubo? Desde el momento en que no encontramos término de conciliación, estaba yo desahogado de dar mi voto al proyecto de ley. ¿Por qué no lo he dado? Por más que hoy, pesa sobre mí un gran sentimiento, me envanece de haber presentado el proyecto de abolición de la esclavitud. Si me hubiera dejado llevar de mis ideas, hubiera sido más radical, porque la esclavitud me ha sido siempre odiosa; pero teniendo que mirar por el país y por los propietarios, presenté este proyecto que se ha aprobado, y por el cual quedan libres tantos seres desgraciados, de lo que me felicito. Debo decir también, que si yo no busqué los medios de indemnizar a los propietarios, si este era un compromiso que yo tenía con los señores diputados, ¿cómo había de dar mi voto a un proyecto que no iba a ser tal como lo presenté, sino con reformas?

Su señoría habló también de los compromisos de las reformas. Yo no he tenido compromiso ninguno. El 25 de Setiembre decía yo, contestando a una censura que me hacía su señoría, lo siguiente: «Ni declaro ni prometo nada: dejo que cada uno traduzca la capitulación del Zanjón como bien le parezca, mientras no afecte el orden público, que le llamen tratado, convenio o pacto.»

Yo creía que debía dejar expansión a la prensa. «Sólo he dicho que ya está cumplido lo ofrecido, y que aquel es asunto determinado.» Esto decía yo a su señoría y a todos en Cuba en 25 de Setiembre. Las reformas, pues, no son consecuencia de la capitulación del Zanjón. Yo creo que no estuvo acertado el Gobierno, y en esto no hago cargos a nadie, al no haber presentado en el Congreso aquellos documentos que le pidieron con insistencia, porque pudo hacerlo muy bien tachando los nombres propios, y de este modo se hubiera convencido el país de lo que allí hubo. Por el contrario, en aquel Cuerpo se soltaron ciertas expresiones, y como esto halagaba naturalmente los deseos de los habitantes de la isla, las creyeron fácilmente.

Si se hubieran presentado todos los documentos entonces, se hubiera podido decir que esto era tanto o cuanto más conveniente, pues redundaba en interés del país. Siendo yo luego Gobierno, no los he presentado porque creía que se había dado cuenta a las Cortes de la capitulación del Zanjón. ¿Y cómo no había de creerlo, si antes de firmar las bases, en el mismo día las publiqué? Por lo tanto, las reformas que se hayan hecho en Cuba después de mi venida, o que se hagan ahora, no son por efecto de un pacto; son concesiones que ha hecho el Gobierno, o concesiones que harán las Cortes si las estiman convenientes para el bien del país. Porque no se haya capitulado en el Zanjón el hacer tales o cuales cosas, se deduce que no se hayan de hacer? Cuando conviene adoptar ciertas medidas, deben adoptarse, y más cuando conducen a la pacificación de un país.

Volví a ocuparme su señoría de la cuestión de si se ha publicado o no la Constitución en la isla; y al hablar sobre esto me haré cargo brevemente de la pregunta que al comenzar la sesión ha hecho el señor Rivera. Me parece que fué en Agosto cuando el general Blanco declaró en estado de sitio la isla de Cuba, con la autorización del Gobierno. Si yo hubiese creído que regia allí la Constitución, hubiese cumplido el precepto constitucional; pero no lo creía, aún cuando acaso esté equivocado. Como prueba de que rige, citaba S. S. no me acuerdo qué leyes que allí se publicaron, en las que aparece el «Público» del capitán general. Aplicar ciertas leyes no es aplicar la Constitución, y para que ésta rija es necesario cumplir todas las formas y solemnidades. Creo que debía llamar la atención del Gobierno el que todos los que hemos mandado allí creásemos que no rige.

Si el Gobierno cree que sí, debe hacerse la declaración en la forma debida. Ahora, si me fuera permitido aconsejarle, yo le diría que no lo hiciera, porque hecha la declaración cesará el patenato y otra porción de cosas interesantes.

Dijo el señor ministro que lo que querían decir ciertas palabras del Sr. Cánovas eran que se me habían enviado recursos. Creo haber dicho mil veces que todos los Gobiernos han hecho lo que han podido, según las circunstancias en que se han encontrado, y que todos los generales en jefe habían hecho más que lo que podían por concluir la guerra civil; pero que ningún Gobierno había sido tan afortunado como el actual, que había tenido recursos, ni ningún general en jefe había sido tan feliz como yo, que había contado con ellos. Creo que cualquier general que hubiera tenido los recursos que yo y se hubiese encontrado con el país ya cansado y otras circunstancias que yo encontré, hubiera concluido también la guerra.

Y debo añadir que una de las principales causas para haber concluido la guerra fué el acuerdo en que estuvimos el general Jovellar y yo, pues mientras que él estaba en la Habana mandando, yo podía estar en campaña. No sos-

tengo por esto la necesidad de dos autoridades allí; pero cuando haya dos personas que estén tan de acuerdo como nosotros lo estábamos, esta es la mejor de las soluciones, y sobre todo, cuando una de ellas tiene el patriotismo y la abnegación que tuvo el Sr. Jovellar. (El Sr. Jovellar pide la palabra.) Ciertamente que el Gobierno envió todo los hombres y todo el dinero que pudo; aun cuando esto no significa que haya mandado los recursos inmensos y haya hecho las otras cosas que ha afirmado.

Se hizo un cargo nuevo ayer sobre que yo había declarado vigente el presupuesto. Creo que esto lo expliqué bien el otro día. Yo no declaré vigente el presupuesto; lo que hice fué publicarle en la *Gaceta de la Habana* para conocimiento del país, y que éste informase al Gobierno por medio de la prensa y se hicieran en él las correcciones que conviniesen. ¿Puedo hacer yo más en favor del Gobierno? Yo lo publicué con ánimo de dejar al Gobierno la satisfacción de contentar a la isla en lo que se pudiera. Pero ¿le publicué como definitivo? No; le dije a su señoría en mi carta, semi-oficial:

«Supongo que en este correo se enviarán a usted aprobados ya por mí los presupuestos.» (Decía supongo, porque faltaban algunas horas para el correo y estaba terminándolos de prisa.) «Algo más se ha tardado de lo que deseábamos, pero no ha sido posible terminarlos antes.»

En guerra espero hacer todavía alguna rebaja, como es el batallón de libertos, el de marina y el de Villadora, si el ministro me lo permite, y yo casi le prometo a Vd. que si las cosas, como espero, siguen bonancibles, desde 1.º de Enero no se llegará a los dos millones mensuales, y si para Junio hemos salvado las dificultades, propondré otras rebajas; pero no tengo cuarteles ni edificios militares, pues hay que tener en cuenta que el 68 no había más que 12.000 hombres, y hoy hay que alojar 45.000 a menos. Ya le he dicho a Vd. en mis anteriores que en este ramo yo hago todas las economías que me mande el Gobierno: en los otros no es posible. Calculados los ingresos y vistos los gastos, resulta un excedente de cuatro millones que, atendidas las exigencias del país todo, nos permite rebajar el cinco a la contribución directa y el 10 a la exportación; dejamos el 25 como contribución ordinaria, para que no haya la irritante ventaja de que hoy gozan los extranjeros. El único modo de evitar dudas y dificultades en la contabilidad era hacerlo regir, desde luego, a reserva de las alteraciones que Vds. crean convenientes introducir.

Luego no he publicado el presupuesto como definitivo, y la prueba está en que ese decreto del 11 de Julio, a que aludía S. S. no se rebajaba el presupuesto de importación, como parecía deducirse de lo que manifestó su señoría. Yo no hubiera rebajado por mi gusto el derecho de importación, porque creo que este tributo se paga más fácilmente; pero como había propuesto en Junio la rebaja de la contribución y no se me había aceptado, iba equilibrando unas partidas con otras. Y el cargo que se hizo de que los déficits han tenido por origen las rebajas, no es exacto; porque si los hubo, dependió de que después del corte de cuentas vinieron una porción de pagas atrasadas; pero yo no di ninguna orden de rebaja que no estuviese comprendida en el decreto. En dos solas ocasiones que hubo que hacer rebajas, reuní la junta de hacendados y propietarios para hacerlo. Pero según lo que decía su señoría, me hizo dudar de si serían exactos los datos que facilitó la Administración, y en este caso la responsabilidad sería del director de Hacienda.

Otro cargo se me ha hecho diciendo que el gobernador general no tenía pensamiento fijo sobre la contribución. La variación que puede dar lugar a esa creencia, consiste en que el Gobierno apreciaba que debía ser de un modo, y yo, conforme iba estudiando la cuestión, proponía otro. Pero mi opinión estaba tan formada sobre este punto, que desde que llegué allí pedí rebaja de la contribución, y en esta acta que deseo, repito, se inserte en el *Diario de las Sesiones*, constan los esfuerzos que hice para sostener la contribución, y la actitud que yo tomé respecto de las personas más importantes e influyentes de Cuba.

Decía también S. S. que si hubiese resistido la opinión, no hubiera venido los conflictos con que ahora tropieza el Gobierno. Este es un cargo de debilidad. Yo no he resistido la opinión porque era justa y participaba yo de ella, y estoy seguro de que S. S. concluirá por convencerse de que es preciso aceptarla; y si no me atreví a proceder a las ejecuciones y las estuve resistiendo, fué porque las circunstancias me lo aconsejaban, pues veía agostada la riqueza a causa de los desastres de la guerra. En prueba de esto decía yo en 5 de Setiembre al señor ministro de Ultramar: «Tres cosas van en este correo: primera, supresión de la Inspección general de aduanas, con lo que encontré conforme al Sr. Villamil; no servía más que para tener más empleados, sin que esto haya adelantado nada.»

«Una instancia de hacendados, círculo de comercio, etc., etc., pidiendo supresión o al menos rebaja de la importación de azúcares. Ya le he hablado a usted en mis anteriores de esto; le creo tan necesario, que si no se resuelve, entre otras, esta cuestión favorablemente, no solo no hay que contar con la riqueza de Cuba, pero a mi juicio, ni con su adhesión, andando el tiempo; hoy lo es de resolver el asunto; se me dirá que antes, como no pagaba Cuba, hoy le mata mal el hacerlo; es posible, pero no pue-

de con las cargas que tiene; hoy es pobre; si se le aprieta, viene la ruina.»

Terminó S. S. su discurso presentándome un problema. Me atribuyó el que yo había dicho que en Cuba se necesitaban 60.000 hombres. Acaso me expresé mal; pero lo que dije fué, contestando al cargo que se me había hecho sobre la disminución del ejército y lo mucho que costaba, que si se quería tener en Cuba el ejército necesario para en caso de guerra, ni 60.000 hombres bastarían. Y luego indiqué lo que debía hacerse para no necesitar ni 60.000 ni 50.000 hombres.

Un ejército considerable agota el presupuesto, pues el ejército y la marina se llevan las tres quintas partes del presupuesto, otra quinta la deuda, y queda la otra quinta para los diversos ramos de la administración de Cuba. Por esto, a pesar de ser militar, creo que el ejército debe reducirse, y estudiar cómo se establece allí la quinta como está en Canarias, pues en Cuba los voluntarios y las milicias son los que han prestado más servicios en la guerra, porque iban siempre en vanguardia.

A propósito de las palabras que dijo el señor Cuesta, hablé algo acerca del militarismo el señor ministro de Ultramar. No creo que se me pueda acusar de militarismo. En los nueve meses que he sido presidente del Consejo de ministros, no he colocado un solo militar en ninguna dependencia del Estado; y, en vez de favorecer al ejército en ese tiempo, le he castigado, en bien del país, sintiéndolo mucho, pero lo he hecho. Llegado el casamiento de S. M., rompí una costumbre inveterada. (El señor ministro de Ultramar: No he hablado ni una palabra acerca de eso.) No hago cargo a su señoría; mas, como de las palabras que se cruzaron entre su señoría y el señor Cuesta, pudiera mañana sacarse la consecuencia de que yo representaba el militarismo, debí hacerme cargo de esto.

Además de romper esa costumbre inveterada, procuré que no cambiaran de cuerpo los oficiales. La consecuencia ha sido perder tres cuartas partes del prestigio que yo tenía, por tomar esas medidas y otras que creí deber tomar en bien del mismo ejército y del país. Esto hicé, en vez de dar recompensas para buscar protección de éste ó de otro.

¿Ha seguido siempre esta marcha el señor ministro de la Guerra? ¿No ha concedido el empleo de comandante al hijo de un señor ministro, y el empleo de coronel a un diputado de la mayoría, a quien, como general en jefe y autorizado por S. M., no creí conveniente, a pesar de sus méritos, darle más que una cruz, con lo que se conformó el señor ministro de la Guerra entonces? (El señor ministro de la Guerra pide la palabra.) Por mi parte, no he concedido gracia alguna por motivos personales.

Ciertas personas se han venido conmigo, y constantemente han estado corriendo peligros a mi lado en bien de la patria y del rey, y sin embargo, se les viene ofreciendo cuando el señor ministro de la Guerra no puede hacerlo, pues por la ley constitutiva de la milicia el rey es el jefe del ejército. De todos los que están conmigo puedo responder de su lealtad y de que siempre serán subordinados, respetuosos y que cumplirán sus deberes. El motivo de ciertos alejamientos es debido a ofensas, menores que la tenacidad de su señoría.

No quiero decir más sobre este punto, que es delicado, y voy a ocuparme de una cosa que se me olvidó en el día anterior. Un señor diputado apeló a mí para que dijera yo si por motivos de benevolencia para conmigo no había querido admitir posición alguna a mi lado, que hubiese obtenido si hubiera querido admitirla. Es cierto lo que en este punto afirmó ese señor diputado. Ese grupo de amigos siempre ha tenido conmigo gran benevolencia, y cuando vine al poder me ayudaron con un desinterés que nunca les agradeceré bastante; y no obstante esto, ese grupo ha sido maltratado por el señor presidente del Consejo de ministros. Y ha hecho mal su señoría en censurar los centros, porque el partido conservador no es más que un centro, puesto que los extremos los ocupaban el partido moderado y el partido más avanzado dentro de la legalidad.

Se han hecho por ahí comentarios sobre mi actitud. Pues es muy sencilla. Se ha supuesto que de las manifestaciones que yo hice respecto al señor presidente del Consejo de ministros podía deducirse que si mañana hubiera un alboroto en Madrid, no me pondría al lado del rey. (El señor ministro de Ultramar: ¿Quién ha dicho eso?) Que no me pondría al lado del Gobierno, he querido decir; y ruego a los señores taquígrafos que rectifiquen la palabra. Esa hipótesis es absurda, porque si surgiera una cuestión de esa clase, yo siempre me pondría al lado del Gobierno constituido. Debo añadir que esas suposiciones no se han hecho aquí.

Los motivos de mi oposición al Gobierno están en las palabras que he pronunciado, porque veo que está llevándolo todo al personalismo y que todo se sujeta a las condiciones personales, y en todos sus actos no ve nada más que ese sistema. Yo no estoy con nadie; he recobrado mi libertad de acción, y por este motivo, cuando avisé al señor presidente del Consejo de ministros, en el momento de presentar mi dimisión a S. M., le dije que pasaba a la escala de reserva, queriendo significar con esto que tomaba una actitud expectante. ¿Qué le importa a nadie dónde estoy, yo ó donde, no estoy? Mi personalidad es muy pequeña para que importe a nadie; y doy gracias a los que se han ocupado de mí, por el interés que me han manifestado. El señor ministro de Ultramar rectifica,

examinando los diferentes conceptos del discurso del señor Martínez Campos, defendiendo al Gobierno de los cargos que se le han hecho. Se suspende esta discusión.

Se leen varios documentos del despacho ordinario.

Se levanta la sesión. Eran las seis y media.

## DIMES Y DIRETES.

*El Cronista:* «Dice un periódico que la prensa ministerial ha recibido la consigna de tratar con la mayor deferencia al general Martínez Campos, y como demostración de esto, copia uno de nuestros párrafos.»

En cambio, no falta otro periódico que también reproduce algo de lo que hemos escrito como muestra de nuestro ensañamiento con el general.

¿Y son esas oposiciones las que tratan de fundirse en un solo partido? Empiecen antes por ponerse de acuerdo.»

¿En qué? ¿En lo que piensan los diarios ministeriales?

Facililla es la cosa.

La prueba la tiene nuestro colega en su mismo suelto, pues confiesa que se han tomado de sus columnas dos párrafos; uno en el que se aplaude y otro en el que ataca al general Martínez Campos.

Ayúdeme Vd. a sentir.

*Dice El Acta:*

«Sin el general Martínez Campos, el Sr. Cánovas del Castillo, sirviéndose de la fuerza moral que conservaba la institución monárquica y del desencanto del país respecto de la revolución, había en 1874 preparado las cosas de manera que con ó sin aquel caudillo, la Restauración se hubiera hecho.»

Sin el general Martínez Campos, y aún a pesar de él, el partido conservador ha dado de sí un Gobierno fuerte, que prosigue la conducta prudente y legal que el Sr. Cánovas inició.

¿No hay alguna ley que autorice dar la licencia absoluta a los capitanes generales?

Qué gran ocasión, si así fuera.

Pues la verdad es que el general Martínez Campos la tiene bien merecida, a juzgar por lo que de él dicen los periódicos ministeriales.

*De la Gaceta Universal:*

*Dice El Tiempo:* «Nosotros que adoramos en alguna ocasión al pacificador de Cuba, le consideramos hoy como mal aconsejado por la pasión política, hija sin duda de una preocupación de su espíritu, como con «harta razón» lo ha dicho el Sr. Cánovas.»

Este párrafo debía comenzar así: «Nosotros, que estuvimos identificados con los pensamientos del general Martínez Campos mientras que de no estarlo perdíamos nuestra cartera y sueldo... etc., etc.»

Eso sería más exacto que lo de la adoración.

¡Decir esto de *El Tiempo*! ¡Qué ceguera!

*Cosas de la Gaceta Universal:*

*La Gaceta Universal:*

*Dice La Iberia:*

El fiscal de imprenta de la audiencia de Valencia, que tenía formuladas tres denuncias contra el periódico *La Alianza*, ha consultado al Gobierno lo que debe hacer, en vista de haber cesado en su publicación voluntariamente, caso no previsto en la ley.

La consulta tiene gracia, porque puede formularse en estos términos:

¿Mato al muerto?

La implacabilidad de los fiscales no se detiene ni ante la tumba.

Curiosidad tenemos en saber qué género de castigo va a inventar el Gobierno para los periódicos muertos, en vista de la consulta del fiscal de Valencia.

No nos estrañaría se llame al «Doctor Garrido» para que lo resucite, y pueda, de este modo, cumplirse la ley.

A tanto llega el cariño que a la prensa tienen los conservadores.

*Leemos en El Tiempo:*

«El señor general Martínez Campos ha pronunciado hoy en el Senado un nuevo discurso. Su señoría ha leído muchos documentos, lectura que no nos parece absolutamente necesaria.»



Si le parece innecesaria, por qué tenía probada hasta la evidencia que no obedeció á cuestiones económicas su salida de Cuba, conformes.

Si le parece innecesaria, por el carácter que puedan tener esos documentos, mala memoria tiene nuestro colega.

¿Y el celeberrimo medio telegrama?

Una comision de profesores del cuerpo de médicos del Registro civil de esta corte, va á acercarse al Sr. Losada para ver si el nuevo aparato que este profesor ha expuesto últimamente en una academia científica, puede servir para comprobar la muerte real. Aplaudimos el interés de este ilustrado cuerpo facultativo, al querer dilucidar una cuestion tan interesante para la ciencia y para la humanidad.

## MADRID.

La Gaceta de hoy publica las siguientes disposiciones:

**Presidencia.**—Real decreto desestimando una competencia suscitada entre la sala de lo criminal de la Audiencia de Cáceres y el gobernador civil de la misma provincia.

**Gracia y Justicia.**—Real decreto determinando los ejercicios de que han de componerse las oposiciones para aspirantes al ministerio fiscal.

Otros indultando á Francisco Tortajada, Miguel Bagués, y Pantaleón Gonzalez, del resto de las penas que respectivamente les fueron impuestas en causas por el delito de atentado contra agentes de la autoridad y falsificacion de documentos privados.

**Hacienda.**—Ley concediendo al ayuntamiento de Sangüesa (Navarra) el edificio de San Francisco, excepto su iglesia.

Otra eximiendo del impuesto de rifas los billetes de la franco-española.

Otra mandando que las industrias de venta de sal, aceite mineral y gasmille, satisfagan únicamente la cuota de contribucion que por este concepto le corresponda.

**Gobernacion.**—Reales decretos disponiendo se proceda á la eleccion de un diputado á Cortes en cada uno de los distritos siguientes: de Olot (provincia de Gerona), de Roquetes (Tarragona), de Tortosa (Tarragona), de Calatayud (Zaragoza), de Saldaña (Valencia) y en la capital de Albacete.

Real orden dejando sin efecto una providencia apelada del gobernador de Jaca, disponiendo vuelva á verificar la eleccion de los cargos vacantes del ayuntamiento de Javalquinto.

**Estado.**—Relacion de las condecoraciones concedidas á los señores que se expresan.

**Pagos.** La Direccion de la Caja general de Depositos ha acordado los pagos que se expresan á continuacion para el dia 13 del corriente mes, de diez á dos de la tarde.

**Resguardos al portador amortizados.**—Sorteo de 30 de Junio de 1875, carpeta número 553 de señalamiento.—Sorteo de 28 de Junio de 1878, carpeta número 520 de señalamiento.—Sorteo de 30 de Junio de 1879, carpetas números 424 á 446 de señalamiento.

**Intereses de resguardos al portador no depositados.**—Segundo semestre de 1873, carpeta número 2506 de señalamiento.—Primer semestre de 1874, carpeta número 2447 de señalamiento.—Segundo semestre de 1874, carpeta número 2087 de señalamiento.—Primer semestre de 1875, carpeta número 2050 de señalamiento.—Segundo semestre de 1875, carpeta número 1917 de señalamiento.—Primer semestre de 1876, carpeta número 1846 de señalamiento.—Segundo semestre de 1876, carpeta número 1633 de señalamiento.—Primer semestre de 1877, carpeta número 1523 de señalamiento.—Segundo semestre de 1877, carpeta número 1309 de señalamiento.—Primer semestre de 1878, carpeta número 1158 de señalamiento.—Segundo semestre de 1878, carpeta número 1080 de señalamiento.—Primer semestre de 1879, carpetas números 976 y 977 de señalamiento.—Segundo semestre de 1879, carpetas números 748 á 758 de señalamiento.

## PROVINCIAS.

Una carta de Gandesa pinta con colores muy vivos el hambre que reina en las riberas del Ebro. El precio de los artículos de primera necesidad, dice, es elevadísimo, y la sequía y los

frios han destruido por completo los frutos de que más consumo hacen las clases pobres, en términos, de que si no se remedia pronto, tanta desgracia, no se sabe la suerte que está reservada á aquella infeliz comarca.

El periódico *La Alianza*, de Valencia, correspondiente al domingo, ha sido secuestrado por el fiscal de imprenta de aquella poblacion.

La exposicion regional que en breve se celebrará en Pontevedra, se establecerá en el edificio que se construye en aquella ciudad para casa consistorial.

La diputacion provincial de Jaen ha acordado subvencionar con 15.000 pesetas cada kilómetro de la línea férrea, que partiendo de Menjíbar, pase por Jaen y vaya á Granada.

El ayuntamiento de la misma capital, ha acordado tambien entregar á la empresa concesionaria, cualquiera que sea, la suma de 200.000 pesetas.

El municipio de Alicante ha acordado pedir á S. M. que se otorgue el título de marqués de la Caridad á D. José María Muñoz, cuyos beneficios en favor de los desgraciados, le han conquistado tan grande celebridad.

## ALCANCE.

Muchos y muy graves son los comentarios á que ha dado lugar el suicidio que ayer tuvo lugar en el patio de palacio.

Aconsejamos á todos que acojan con reserva y prevención cuanto al caso se refiera.

No decimos más.

Ha llamado mucho la atencion que fuesen diputados de la mayoría los que pidiesen la votacion nominal en la sesion de esta tarde, al preguntar el señor secretario si se aprobaba el acta de la anterior.

Se asegura que en cuanto el Sr. Orovio se encuentre en disposicion de asistir á las Cámaras, comenzará la discusion de los presupuestos.

Mucho tememos que llegue Junio y que su excelencia, aunque restablecido, no esté en disposicion de tomar parte activa en las discusiones.

¿Y qué hacer en este caso, si es que el caso llega?

Todo faltará, menos un recurso liberal-conservador, que saque del apuro á los conciliados.

Con Cánovas, ¿quién se apura?

La desanimacion que se ha notado esta tarde á primera hora en el salon de conferencias del Congreso, era comentada bajo distintos puntos de vista.

Los más afectos á la situacion sostenian que la política estaba reconcentrada, en absoluto, en la calle de Fuencarral, de donde no saldría hasta que llegase el momento oportuno; y en cambio, los que no gustan del modo de gobernar del Sr. Cánovas, afirmaban que, si bien la política está reconcentrada, no es cierto que lo esté en la calle de Fuencarral, sino en la de Cedaceros.

Creemos lo último.

El discurso pronunciado esta tarde en el Senado por nuestro distinguido y buen amigo, el Sr. Alonso Colmenares, ha sido digno de su reputacion como eminente jurisconsulto y político importante.

Los Sres. Cánovas y Romero Robledo han celebrado una conferencia, á la que se daba gran importancia, sobre los asuntos políticos pendientes.

El domingo próximo saldrá para Sevilla con objeto de hacerse cargo de aquel Gobierno civil, para el que ha sido recientemente nombrado, el Sr. Caudalija.

Se han confirmado las noticias relativas á la absolucion de nuestro colega *La Patria* por su última denuncia.

Nos alegramos.

Se comentaba á última hora la ausencia de los Sres. Cánovas y Elduayen, en la sesion del Senado.

## CORTES.

### SENADO.

Sesion del 12 de Marzo de 1880.

Abierta á las tres, bajo la presidencia del señor marqués de Barzanallana, se lee y aprueba el acta de la anterior.

El Sr. La Orden pregunta si alcanza á los militares un indulto concedido á varios individuos por delitos políticos.

El señor ministro de la Guerra dá explicaciones respecto al asunto, manifestando que se habia cumplido la ley, pero que se enterará del caso concreto á que ha hecho referencia el señor La Orden.

El Sr. Galdo presenta una exposicion de los escribanos de Valencia, sobre los proyectos presentados por el ministro de Gracia y Justicia.

Orden del dia.  
Continúa la interpelacion del Sr. Martinez Campos.

El señor ministro de la Guerra contestó á lo dicho ayer por el anterior senador sobre ascensos, diciendo que asume toda la responsabilidad de dichos ascensos.

Reconoce que las recompensas propuestas por el Sr. Martinez Campos son justas.

Dice que la nocion de lo justo la tienen todos los senadores. (Risas.)

Que el Sr. Martinez Campos tiene derecho para censurar á los ministros pasados, presentes y futuros. (Risas.)

Declara que ha concedido y concederá las recompensas que crea oportunas con arreglo á conciencia.

El Sr. Mazo pregunta si es cuestion de conciencia ó de ley.

El señor ministro de la Guerra dice que se ha ajustado á la ley, y se extiende en consideraciones sobre la manera de conceder recompensas.

El Sr. Martinez Campos rectifica, y manifiesta que no ha dicho que el ministro de la Guerra que hubiera faltado á la ley constitutiva del ejército, ni que hubiera maltratado á sus amigos, que lo que habia dicho era, que segun su criterio, no debian concederse recompensas, sino por méritos de guerra, y que él era responsable de las gracias concedidas por la campaña de Cuba.

El señor ministro de la Guerra rectifica.

El Sr. Alonso Colmenares hace uso de la palabra para alusiones, ocupándose de la cuestion planteada de si rige ó no la Constitucion en la isla de Cuba.

Explica los medios de promulgacion en la Península y Ultramar, siendo bastante en la primera la publicacion en la Gaceta y necesitando en Ultramar publicarse en la Gaceta de las Islas con el *campesado* del capitán general, apoyándose en lo dispuesto en las leyes de Indias y en los decretos de 1874 y 1878; este último refundido por el Sr. Elduayen. Examina el real decreto de 9 de Junio de 1878, deduciendo por consecuencia que si es verdad que rige la Constitucion, se han derogado las prescripciones de los decretos que se citan, y que obligan á las autoridades á poner el *campesado*. Dice que no es aplicable la Constitucion en todas sus partes en la isla de Cuba, por la diversidad de razas que allí existen.

Otra nocion para comprender que no rige la Constitucion en Cuba, es que para legislar su aplicacion á dicha isla, han venido los diputados de Cuba y Puerto-Rico, citando en su apoyo lo dispuesto en la Constitucion de 1869.

Pregunta desde cuándo está vigente la Constitucion en Cuba, puesto que no puede ser desde que se publicó en la Gaceta de Madrid, como dijo el ministro de la Gobernacion, puesto que se ha faltado á todas las disposiciones que ha citado, y especialmente al real decreto de 9 de Junio de 1878.

### CONGRESO.

Sesion del dia 12 de Marzo de 1880.

Presidencia Torero.

Se abrió la sesion á las dos y cuarenta minutos.

Se leyó el acta de la anterior.

Tribunas, escaños y bancos, casi desiertos.

Señores diputados asistentes 13, ministros, uno, el de Fomento.

Piden la palabra varios señores diputados.

El Sr. Vivar pide que se suspenda la sesion.

En el salon habia veintitres diputados en el acto de comenzar la votacion nominal.

Las campanillas tocan á arrebató, y llegan á reunirse hasta sesenta y tres señores diputados.

Siendo setenta y cinco el número necesario para celebrar sesiones, se levantó ésta, señalándose la misma orden del dia para mañana.

La Agencia Fabra nos comunica á última hora los siguientes despachos telegráficos.

**Nueva-York 12.**—Continúa la agitacion en California.

En San Francisco se han armado un gran número de personas pudientes para resistir á los perturbadores del orden.

Entre las clases populares hay una grande efervescencia contra los chinos pidiéndose la espulsion de éstos del Estado.

Se temen conflictos sangrientos.

**Berlin 12.**—La prensa oficiosa insiste en asegurar que Alemania no trata de adoptar una política agresiva, y que aumenta su contingente militar con el solo objeto de atender á su propia conservacion.

Añade que los medios de defensa adoptados por Alemania son inferiores á los de otras potencias de Europa.

**Bucharest 12.**—Ya se encuentran aquí casi todos los representantes de las potencias de Europa nombrados con motivo de la independencia de Rumania.

**Londres 12.**—Se dice que el Ministerio actual tendrá mayoría en las próximas elecciones, aunque hasta ahora no será tan grande como la que tiene ahora en la Cámara de los Comunes.

Los liberales rechazan la acusacion de que tengan el propósito de aliarse con los autonomistas de Irlanda (home rulers).

Se calcula que de los 106 diputados que elige la Irlanda, la mayoría pertenecen á este partido.

**Londres 12.**—El periódico el *Daily Telegraph* dice, con referencia á noticias de San Petersburgo, que á pesar del apoyo que el príncipe heredero de Rusia prestó al general Loris Melikoff, la situacion de éste es cada vez más precaria.

Añade, que además el general está enfermo, teniendo frecuentes vómitos de sangre.

**Nueva-York 12.**—Ha ocurrido una explosion en una fábrica de hilados de lino en Francfort (estado de Indiana), resultando diez personas muertas.

**Londres 12.**—La Cámara de los Comunes discutirá el lunes próximo el proyecto de presupuestos.

**Constantinopla 12.**—Reina grande agitacion en la isla de Creta.

Se temen serios desórdenes.

## BOLSA DE MADRID.

FONDOS PUBLICOS	ULTIMOS PRECIOS	
	Dia 10	Dia 12
Renta perpetua.....	16.27.32.30	16.25.17.20.
Id. pequeños.....	16.25.30.	16.25.15.
Id. fin corriente.....	16.30.	16.32.
Id. fin próximo.....	16.30.	16.70.
Id. exterior.....	17.30.	17.15.25.
Deuda amort. 2 por 100.....	37.50.	37.40.
Deuda del personal.....		
Billetes hipotec. del B. E.		99.80.
Bonos del Tesoro.....	95.	94.80.90.70.
Resguardo Caja de Dep.....	92.50.40	92.60.
Obligaciones del B. y T.....	99.30.20.25.	99.25.
Id. pequeñas.....	99.30.	99.25.
Id. aerie exterior.....	99.75.	99.80.

CARRETERAS Y SOCIEDADES	
De 31 Agosto 1852, 2.000...	61.00.
De 1.º Julio 1856, 2.000...	60.
Oblig. gen. de f. c., 2.000 rs.	34.75.85.80.
Id. de 20.000 rs.....	34.50.55.50.
Banco de España.....	270.50.268.

CAMBIOS.	
Londres á 90 d. f.....	48.85.
Paris á 8 d. v.....	5.10.
	5.11.

## SECCION RELIGIOSA.

**Santos de hoy.**—San Gregorio el Magno, papa y doctor y San Teófanos.

**Santos de mañana.**—San Rodrigo, mártir.

## ESPECTACULOS.

**COMEDIA.**—A las ocho y media. —La fuerza de un niño.

**VARIEDADES.**—A las ocho y media. —La mujer celosa. —Un frac nuevo. —El memorialista.

**MARTIN.**—A las ocho y media. —Pasión y muerte de Jesús.

MADRID: 1880.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO CAÑOS, 1